A.G. COBAS, S.A.

MITOLOGIA GRIEGA

LOS DIOSES DEL OLIMPO

EL TRONO DE ORO

HEFESTOS-ARES



UNAS PALABRAS SOBRE LA MITOLOGIA

En el pasado remoto, el hombre era como un niño que adora los cuentos de hadas. Casi impotente ante las fuerzas de la naturaleza, su vida estaba llena de dificultades e incomodidades que apenas si podemos imaginar. A su alrededor, fuerzas potentes actuaban, con frecuencia ocasionando desastres considerables, pero, en ocasiones, admirándole por su grandeza, y dotándole de un nuevo instinto de vida. En su esfuerzo para que la vida fuera más comprensible, el hombre se esforzó en encontrar las causas que explicaran tanto los horrores como las alegrías con que se encontraba en su existencia cotidiana. Su conocimiento, tan limitado, impedía, sin embargo, los intentos de dar con la explicación auténtica de todos los fenómenos con que se encontraba; por ello, acudió al auxilio de la imaginación, una imaginación fértil que tejió historias increíbles repletas de belleza y de sentimientos espléndidos, aunque con un fondo evidente de pesar, que refleja la existencia tan dura de aquella época.

Así nació el mito, y así nació la mitología.

Como los mitos contienen sucesos imaginarios, en la actualidad pueden parecernos cuentos de hadas. Pero no lo son. Por debajo de esos sucesos imaginarios existen hechos auténticos, ocultos. En la mitología podemos encontrar la auténtica vida de los pueblos primitivos, aunque en la forma en que ellos podían verlo o podían explicarlo; y, sobre todo, podemos encontrar su visión de la naturaleza de la vida y del mundo. Por esa misma razón que acabamos de indicar la mitología de todos los pueblos antiguos constituía también una religión.

De las tierras griegas han surgido algunos mitos de los más hermosos de todos los pueblos antiguos. Los antiguos griegos elaboraron sus mitos a partir del esplendor del paisaje helénico y de su amor hacia la vida y hacia lo bello.

Los griegos admiraban los héroes de esos mitos, y adoraban las criaturas de su fértil imaginación: los dioses del Olimpo. Y el resultado final de todo ello vino a ser una paradoja: los dioses inmortales, que habían existido en las mentes de hombres mortales, a la larga perecieron, y su lugar vino a estar ocupado por las obras inmortales que los hombres habían creado: la mitología griega. Incluso en la actualidad, sigue enseñándonos, a los jóvenes y a los adultos, el significado de la bondad y de la belleza.

Precisamente ese sentido de bondad y de belleza, esa novedad fantástica de la mitología griega, es lo que hemos intentado transmitir en esta serie de libros ilustrados para los jóvenes.

La medida de nuestro éxito deberán juzgarla los lectores, jóvenes y adultos.



HEFESTOS

NACE UN NIÑO LISIADO

Regresemos a ese tiempo del pasado tan lejano en que la diosa Hera se casó con el gran Zeus y se convirtió en la reina de los cielos. Ahora iba a dar a luz a su primer hijo, y su alegría era indescriptible porque creía que el hijo que nacería sería el orgullo del Olimpo y el bien más preciado de sus padres.

Pero, en vez de ello, dio a luz a Hefestos, un niño tan tullido y tan feo que, tan pronto como lo vio, lo cogió por su pierna deforme y...

Son palabras muy duras. Que una madre arroje a su hijo parece increíble, pero, hace muchísimo tiempo, no era así. Vale la pena dejar de lado un momento la leyenda para ver cómo y por qué ese hecho, que hoy nos parece irracional y malvado, pudo parecer en otro tiempo correcto y lógico.

Si recorremos las páginas de la historia, veremos que en la antigua Esparta, si una madre daba a luz un hijo deforme tenía que llevarlo y lanzarlo al terrible abismo de Caiadas, en las laderas del Monte Taigeto. Sintieran lo que sintieran como madres, naturalmente nunca se les ocurría pensar que lo que estaban haciendo era malo; por el contrario, creían que estaban cumpliendo su deber hacia el estado, que necesitaba soldados fuertes y perfectos. Sin embargo, esta costumbre cruel no surgió de la noche a la mañana. Había existido mucho tiempo, hacía ya años, y Esparta, que era un estado militar,



simplemente mantuvo durante más tiempo la costumbre.

Como ya hemos visto en un libro anterior de esta serie, había una época en que los hombres vivían y luchaban como bestias salvajes en los bosques, en una lucha por la supervivencia. Nacían muchos niños; pero vivían muy pocos; y los que tenían menos posibilidades de crecer eran los que nacían con defectos. Por esa razón no parecía una mala acción abandonar a esos niños, sino que más bien se consideraba una obediencia a la voluntad de los dioses.

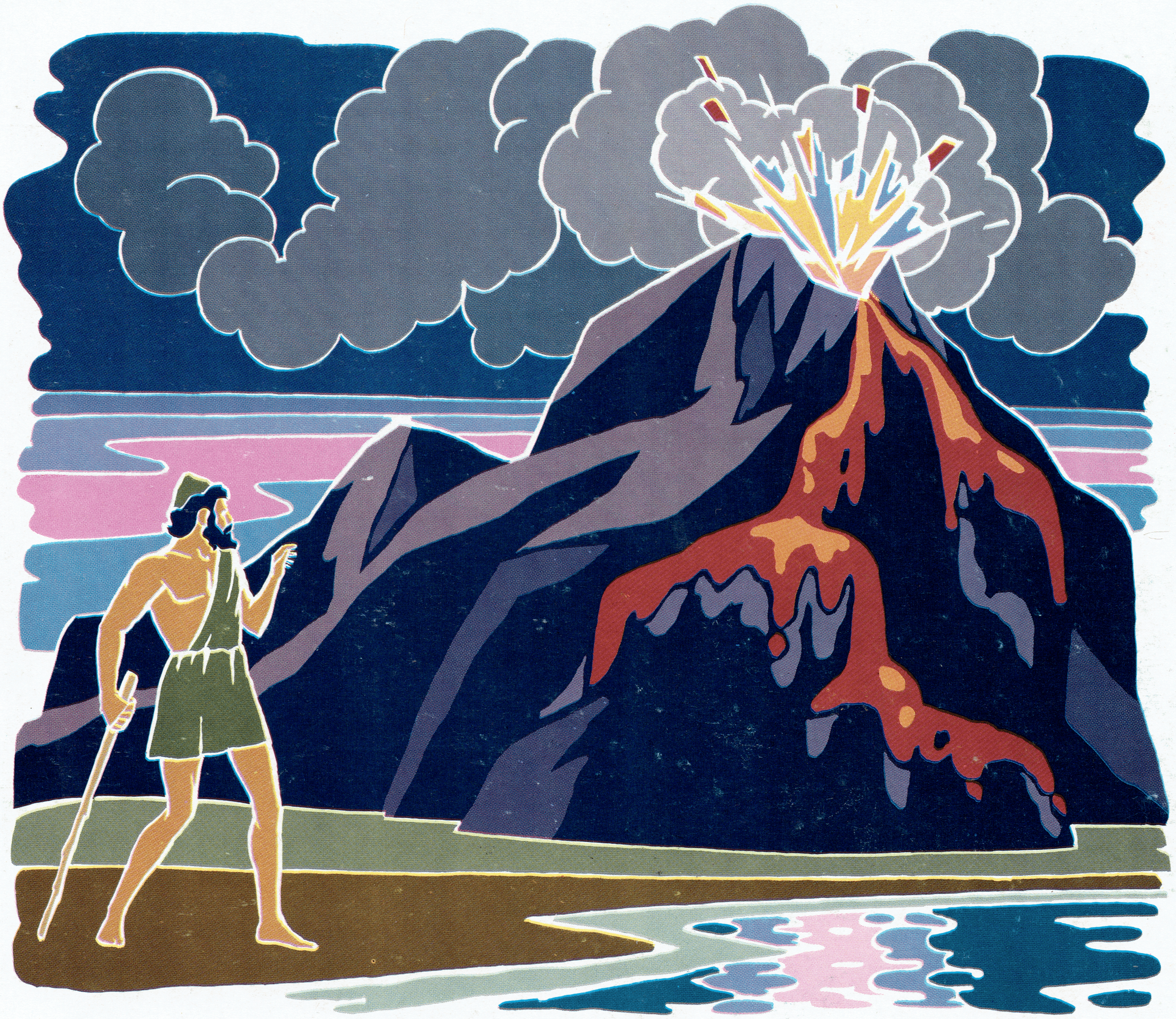
Era una época en que la vida del hombre era muy difícil. Sus costumbres también eran duras, y de igual modo eran sus mitos. Mitos quizás extraños para nosotros, pero no para quienes vivían en aquellas épocas. Sin embargo, volvamos otra vez a tomar el hilo de nuestra historia.

Cuando la diosa Hera vio que había dado a luz un niño feo y lisiado, se sintió tan irritada e insultada que lo agarró de una pierna, lo hizo girar dos veces en círculo sobre su cabeza y lo lanzó sobre el monte Olimpo. Era tal la fuerza de la diosa que el pobre niño sobrevoló mar y tierra durante todo un día y una noche, y el segundo día, al amanecer, cayó en el océano y descendió hasta sus profundidades abisales. Ahí, sin ninguna duda, el niño se habría ahogado y habría desaparecido para siempre, ¡pero él era el inmortal Hefestos, dios del fuego y de la forja!

Las diosas del mar Tetis y Eurínome se apiadaron del pequeño dios y lo cuidaron. Lo criaron en una cueva de zafiro azul, y aunque era feo y lisiado, creció para convertirse en un trabajador serio y en una persona de buen corazón, y amaba a las diosas que le habían salvado y le habían hecho hombre.

Podríamos pensar que, habiendo crecido en las aguas azules, educado por dos diosas marinas, Hefestos debería haber sido un dios del mar. Pero, por el contrario, fue un dios de un elemento opuesto. Fue el dios del fuego.

El amor de Hefestos por el fuego comenzó más o menos así: una noche, al salir del mar, vio unas llamas que salían de



las cumbres de unas montañas. Había salido a tierra firme en la isla de Limnos, que en aquellos días remotos tenía muchos volcanes. Era de noche, y a Hefestos le cautivaba lo que veía. Se acercó al volcán más grande, admirando toda su fuerza salvaje. Contempló que las llamas se elevaban al cielo, y que la lava fundida descendía por las laderas. Cuanto más lo miraba, más pensativo se tornaba:

HEFESTOS DOMINA LAS LLAMAS

—Quizás —pensó— ese mismo fuego podría utilizarse para forjar, con metal, cosas útiles y atractivas.

—Lo intentaré —dijo, con un tono decidido— Esa lava fundida me ha enseñado la forma. Tal vez sea difícil, pero creo que podré conseguirlo.

Y se lanzó al trabajo con todo su entusiasmo.

Intentó de una manera y de otra; trabajó con esfuerzo, y sudó, pero finalmente consiguió lo que se había propuesto. Construyó una forja en Limnos y martilleó el metal enrojecido, trabajando sudoroso.

El dios lisiado trabajaba todos los días y a todas horas. Al comienzo el trabajo le cansaba mucho. Poco a poco, sin embargo, comenzó a soportar mejor el esfuerzo. El trabajo le hacía fuerte. Sus hombros se ensancharon; su pecho era profundo y poderoso; los músculos de sus brazos eran duros como el acero. No había en el Olimpo ningún gigante ni ningún dios con brazos tan fuertes como los del dios del fuego. Y, sin embargo, sus piernas seguían siendo débiles. Apenas si podían soportar su cuerpo pesado y musculoso. Mientras otros dioses tenían alas en los tobillos, él tenía que valerse de un bastón.



Pero a Hefestos no le preocupaba; vivía sólo para su trabajo. Pronto no hubo otro artesano en el mundo que pudiera igualarle. Trabajaba el hierro, el bronce, el oro y la plata con una habilidad maravillosa, y producía auténticas obras de arte.

Un día, cuando contemplaba las cosas tan maravillosas que había podido conseguir con la ayuda del fuego, el habilidoso artesano recordó a las diosas que le habían cuidado durante su niñez, y decidió hacer para ellas algo que les agradase. Así, con oro, plata y piedras preciosas compuso las joyas más hermosas que se hubieran visto. Entonces las ofreció como regalo a Tetis y Eurínome, en agradecimiento por todo lo que habían hecho por él cuando era niño.

¡QUE JOYAS TAN HERMOSAS!

En una fiesta en el Olimpo, la madre de Hefestos, Hera, vió que Tetis llevaba una de esas joyas, un collar que brillaba con más fuerza que el mismo fuego.

—¡Qué joyas tan hermosas! —exclamó Hera, cuando Tetis se acercó para saludarla. Y siguió:

—Si hay en el mundo un artista tan maravilloso, ¿cómo es que no he oído hablar de él? Seguramente, querida diosa del mar, no te molestará decirme de quién se trata.

En este momento Tetis no podía ir contra los deseos de la gran dama del Olimpo, y se vio obligada a revelarle que se trataba de Hefestos y que le había dado muchas otras joyas, tan hermosas como esa o más hermosas aún.

—Creo que conocéis a Hefestos —concluyó Tetis con una sonrisa un tanto irónica—. Id a verle. Estoy segura de que estará contento de elaborar algunas joyas para vos.

Y en ese mismo momento en que Hera se estaba preguntando si iría a verle o no, en la lejana Limnos, Hefestos recordaba a su madre que le

había expulsado del Olimpo, y se decidió a preparar una sorpresa para ella. Los ojos del dios destelleaban irónicamente al pensar en una idea feliz, y se lanzó a la empresa sin un momento de respiro. Los fuelles agigantaban las llamas de la forja; los metales se ponían incandescentes; el martillo golpeaba en el yunque, lanzando chispas cegadoras, y el pecho desnudo del dios laborioso brillaba de sudor a la luz del fuego.

EL TRONO DORADO: UN "REGALO" PARA HERA

Los músculos se tensaban en sus brazos poderosos mientras él seguía trabajando incansablemente, doblando el metal, reblandecido por el fuego, según su voluntad. Hefestos trabajaba hora tras hora hasta que, finalmente, había conseguido que allí, en la semioscuridad de la forja, brillara un noble trono de oro macizo, adornado con refulgentes piedras preciosas. El dios del fuego inspeccionó su obra con orgullo. ¡Nunca se había visto en el mundo un trono como éste!

El trono estaba listo, pero Hefestos no había completado aún su tarea. Agitó las llamas para darles vida de nuevo con sus fuelles, y entonces, con una mirada astuta, cogió dos grandes tenazas, las puso en el fuego y las volvió a sacar, como si estuvieran soportando algún material muy pesado, que puso inmediatamente en el yunque. Pero no se podía ver nada en absoluto. Luego, tomó su martillo más pesado y comenzó a asestar golpes sobre el yunque como si estuviera moldeando y dando forma a algo invisible. En realidad, esto es exactamente lo que estaba haciendo Hefestos: estaba trabajando con un metal desconocido, invisible para todos, excepto para sus propios ojos.

Con ese metal forjó unas cadenas irrompibles que sólo él podía ver, y cuando acabó su tarea ligó las cadenas al trono dorado y lo envió como regalo a su madre.





HERA QUEDA ATADA CON CADENAS INVISIBLES

Tan pronto como Hera contempló el regalo magnífico, se puso de pie, admirada: porque sólo podía ver el precioso trono y ni siquiera podía sospechar la presencia de las cadenas invisibles. Con un porte orgulloso, avanzó y se sentó en el trono que parecía el más adecuado para la reina de los dioses y de los hombres.

Pero, ¡ay! Apenas se había sentado cuando las cadenas invisibles se cerraron sobre ella y la apretaron con fuerza.

Nunca se habían oído unos gritos tan terribles en el Olimpo. Inmediatamente vinieron corriendo todos los dioses pero no podían entender lo que ocurría.

—¡Maldito sea este trono! —gritaba Hera.

—Bueno, pues levántate si el trono no te gusta —le contestaba Zeus.

—¡Romped las cadenas! —chillaba Hera.

—¿Qué cadenas? —preguntaban los dioses.

—Las cadenas que me atan a este trono.

—¡Está fuera de sí! —dijo Zeus.

—Pero, ¿es que no os dais cuenta de que estoy encadenada? —preguntó Hera desesperadamente.

—No vemos nada —fue lo que le contestaron.

—¡Fijaos qué hijo traje a este mundo! No sólo lisiado y feo, sino también falto de respeto y cruel hacia su propia madre.

—¡Vamos, vamos! ¿Acaso tú le trataste mejor? —contestó Zeus— Dame una mano y acabemos con esta historia.

—Pero, ¿qué mano? ¿No puedes ver lo que ha hecho conmigo ese malvado?

Zeus intentó entonces agarrar la mano de Hera, pero encontró algo duro. Siguiendo su forma con los dedos, se dio cuenta de que en realidad Hera estaba encadenada al trono con cadenas invisibles.

—Es mucho más difícil de lo que pensaba —dijo Zeus; y, dirigiéndose a los otros— ¡No os quedéis ahí mirando! Venid aquí y veamos cómo podemos sacarla de aquí.

Primero intentaron sacarla tirando todos juntos; luego cada uno fue probando solo. Por último lo intentó Ares con sus armas temibles, pero lo único que consiguió fue aterrorizar a Hera, y lo tuvieron que alejar del trono a la fuerza. La reina de los dioses estaba muy bien atada al trono, con cadenas invisibles e irrompibles, y nadie podía liberarla.

—Escuchadme —les dijo Zeus— Hefestos la ha encadenado, y él puede liberarla. El dios del fuego debe venir aquí, y creo que Hermes es el más indicado para traérnoslo.

Inmensamente orgulloso de que Zeus confiara tanto en su habilidad, el astuto Hermes se deslizó sobre sus sandalias aladas y llegó a Limnos tan rápido como el rayo. Pero fue un viaje inútil. Aunque usó todos sus trucos para persuadir a Hefestos de que liberara a su madre, o que por lo menos fuera con él al Olimpo, sus palabras cayeron en oídos sordos. Hefestos siguió golpeando sobre el yunque sin prestar ninguna atención a lo que decía, y el mensajero de los dioses regresó, habiendo fracasado.

HERMES FRACASA Y SE ENCARGA ARES

Cuando los demás dioses le vieron llegar con las manos vacías, fueron presa de la desesperación.

—¡No puede hacerse que venga Hefestos con palabras astutas y con simples promesas! —gritó Ares, el dios de la guerra, poniéndose en pie— Yo sé lo que necesita: fuerza bruta y violencia. Esperad aquí. Yo iré a verle, y le traeré ligado de pies y manos.

Rápidamente se vistió con su pesada armadura, se puso el casco, tomó sus armas y tan rápido como un relámpago, llegó hasta la forja de Hefestos.

Entró en ella y encontró a Hefestos, trabajando en su fragua, bañado de sudor.

—¡Al Olimpo ahora mismo, a liberar a tu madre! —le espetó Ares con una voz salvaje— ¡Y si no vas por tu propio pie te llevaré encadenado!





DIONISOS LO CONSIGUE

Apenas si Ares había acabado de pronunciar esas palabras, cuando Hefestos, agarrando un tizón ardiente le asestó un golpe en la cabeza, que lanzó chispas en todas las direcciones. Asustado y sobrecogido, el dios de la guerra dio media vuelta y regresó al Olimpo, rojo de vergüenza.

Entonces habló Dionisos:

—Lo traeré aquí tranquilo como un corderito —dijo tranquilamente el dios del vino.

—¡Cargad el vino, y adelante! —ordenó a sus seguidores. Inmediatamente, los sátiros y las ménades se pusieron en pie. El tutor de Dionisos, el viejo Sileno, el barrigón, desató su burrito y lo cargó con ánforas de vino. Viajando de nube en nube, pronto llegaron a la forja de Hefestos; y, a la misma puerta, comenzaron a cantar y a bailar.

Bañado de sudor, el herrero de los dioses estaba golpeando en su yunque, como de costumbre, cuando oyó canciones y voces alegres. Dejó el martillo en el suelo, se limpió el sudor de la frente y salió a ver qué ocurría. Cuando vio a Dionisos y a sus seguidores con tan buen humor, se echó a reír.

El dios del vino le dio la bienvenida con una palmadita en la espalda, e inmediatamente le llevó a los labios una copa de vino fresco y dulce. Hefestos lo bebió de un solo trago y se unió al baile, cantando.

—¡Dad vino dulce a nuestro amigo Hefestos! —gritó Dionisos —y toda la compañía inmediatamente llenó sus copas y corrió hacia él.

—¡Tómate ésta a mi salud! ¡Tómate ésta a mi salud, compañero! —le



decía cada uno de los que se le acercaban.

Hefestos no quería quedar mal con nadie, y, además de todo, tenía mucha sed, así que fue bebiendo copa tras copa. ¡Y era un vino mucho mejor que el mismo néctar!

El burrito sintió un descanso enorme en sus lomos cuando se vaciaron las ánforas, pero luego cargaron a Hefestos sobre sus espaldas, con su estómago repleto de vino, y tan terriblemente borracho que no podía ni ponerse en pie.

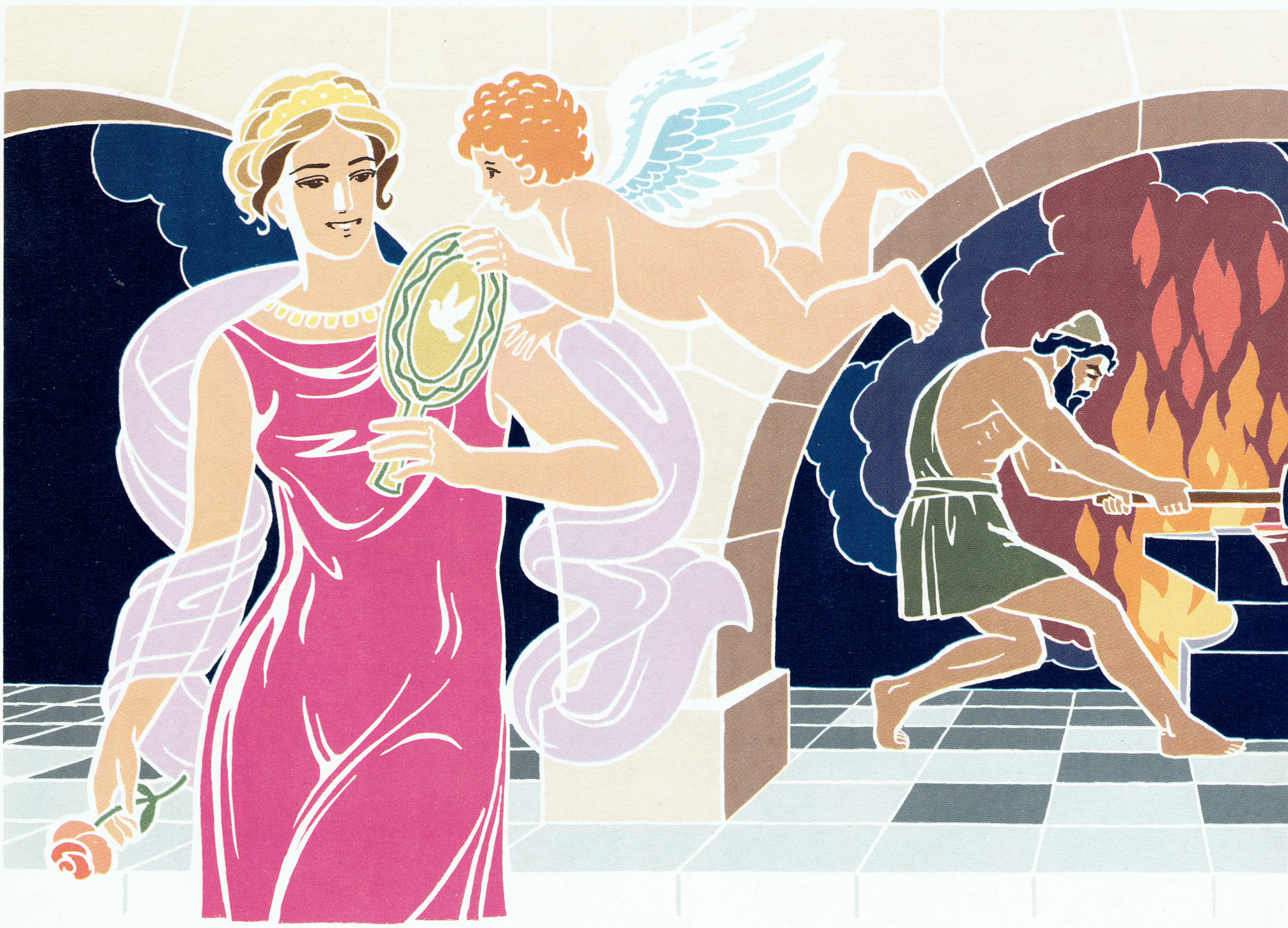
—Llevadme a donde queráis. ¡Hoy no trabajo! —dijo el dios de la forja. Y cantando y bailando emprendieron el camino hacia el Olimpo.

¡LLEVADME A DONDE QUERAIS!

No tardaron mucho en llegar allí. Hefestos bajó del burro a una gran sala y bailó, borracho, con todos los dioses, hasta que se dio cuenta de que allí estaba su madre, encadenada al trono dorado. Olvidando todo el daño que ella le había causado, y olvidando incluso quien la había encadenado, la liberó inmediatamente y cayeron el uno en brazos del otro.

¡Lo pasado, pasado! Y desde entonces el dios lisiado se quedó en el Olimpo, amó a su madre y fue amado, a su vez, por ella, más que a nadie había amado en el mundo. Ahora el trono dorado era un auténtico regalo para Hera; y respecto a las joyas, salían de su taller como agua.

Cuando Zeus vio que Hera y su hijo habían vuelto a reconciliarse, se



alegró tanto que decretó que Hefestos tomara por esposa a la mujer más bella del mundo, a la radiante Afrodita, la diosa del amor.

AFRODITA Y EL HERRERO DE LOS DIOSES

Pero, ¡ay! Ni Afrodita era para Hefestos, ni Hefestos era para ella. La diosa del amor no amaba a su marido feo y lisiado que se pasaba todo el tiempo martilleando a la luz de las llamas, sudando y lleno de polvo. Y por eso, la diosa que esparcía el amor entre los hombres no podía ofrecer ese mismo regalo al dios trabajador y no se quedó junto a él, como debiera haber hecho. Para ella, la felicidad se encontraba en la admiración que despertaba su belleza. Para él, se encontraba en el trabajo duro y en las creaciones hermosas.

¡Qué dios era Hefestos! ¡Con qué capacidad trabajaba! ¿y había algo que no pudiera crear con sus manos? Porque era un dios de un tipo distinto: un dios que se sentía a gusto cuando se encontraba cansado.

Instaló su forja en el Olimpo, y dedicó la mayor parte de su tiempo a su trabajo. En el centro de todo se encontraba un inmenso yunque. En un rincón, estaba el fuego siempre vivo, con carbones incandescentes. Veinte maravillosos fuelles, que él había hecho con sus propias manos, atizaban el fuego solos, y elevaban las llamas en el momento en que lo deseaba.

Al dios del fuego le encantaba su taller. Se alegraba al ver como se elevaban las llamas y como se ponía el metal incandescente. Nunca se cansaba de trabajar en la fragua y el rítmico y monótono batir del martillo sobre el metal ardiente le parecía una auténtica música de dioses.

Parecía que no había límite alguno a lo que las fuertes manos del dios podían crear en aquella forja. Desde joyas delicadas de maestría inigualable

a los impresionantes palacios de los dioses del Olimpo, donde llegaban ricos regalos de la forja de Hefestos a los dioses, semidioses e incluso simples mortales.

Todo lo que creaba el dios, lo tallaba y lo adornaba con habilidad exquisita. Si queréis saber como trabajaba, contemplad con qué artesanía decoró el escudo del semidios Aquiles cuando la diosa Tetis le pidió que creara una nueva armadura para su hijo.

UNA ARMADURA QUE IMPRESIONA A LA VISTA

El herrero de los dioses no había olvidado nunca con cuanta ternura le atendió la madre de Aquiles en sus años jóvenes. Cuando recibió el encargo, avivó inmediatamente su fuego y se lanzó a la tarea diciendo:

—Se asombrará la mirada de todos los seres humanos que contemplen estas armas.

Y después de haber hecho un escudo fuerte, se sentó para trabajar cubriéndolo de escenas grabadas de todos los tipos que podáis imaginar.

En una parte —dice Homero— puso el cielo, el mar, el incansable sol y la luna llena. Y luego coronó el cielo con estrellas. Puso la constelación de Orión, las Pléyades, las Híadas y por último la Osa Mayor, la única de todas las constelaciones que gira siempre en el mismo sitio, sin perderse nunca por debajo del horizonte ni hundirse en las profundidades del océano.



En otra parte del escudo, el artesano del Olimpo grabó dos ciudades ricas. En una de ellas se celebraba una boda con fiestas y bailes. Las doncellas portaban antorchas encendidas y cantaban. Los muchachos bailaban con gracia. En medio de ellos, los músicos tocaban, mientras las mujeres estaban a la puerta de sus casas admirando todo lo que ocurría. Habiendo mostrado esa escena de amor y de alegría en una parte de la ciudad, en otra mostró Hefestos dos hombres discutiendo ante los jueces por una deuda pendiente; el uno parecía decir que le había pagado lo que le debía al otro, quien negaba haber recibido ni siquiera una moneda. Los dos querían un veredicto rápido, reclamando que la justicia de su petición era evidente. Había gente alrededor, poniéndose a veces a favor de uno y a veces a favor del otro, y mostrándolo con gestos de apasionamiento. Los heraldos tocaban las trompetas, exigiendo silencio, y dentro del círculo sagrado los jueces estaban sentados en tronos de mármol repujado. Los heraldos pasaban el cetro de juez a juez, y uno a uno se elevaban a pronunciar su veredicto. Dos talentos —monedas— de oro estaban colocadas ante ellos, para que las tomara el juez que dictara la decisión más acertada.

Mientras estas escenas aparecían en una de las ciudades, la otra estaba padeciendo el azote de





la guerra. Bajo sus murallas, dos ejércitos se batían en una dura batalla.

EL ESCUDO DE AQUILES

Ares, sediento de sangre, y Atenea, la defensora, podían verse entre las filas de los guerreros. También se encontraba allí Eris, pasando de un bando al otro y creando dificultades en ambos. Y Moera, la diosa del destino, estaba también trabajando, llevándose en un momento un cuerpo muerto, abandonando allá a un soldado herido, y en ocasiones permitiendo que un guerrero pasara, inmune, por el centro de la batalla.

Junto a esta escena de guerra y de destrucción, el inmortal Hefestos colocó escenas pacíficas de la vida del campo.

En una de ellas se estaba arando una tierra fértil. Guiados por los trabajadores, los bueyes uncidos por el yugo abrían el suelo oscuro trazando surcos rectos. En un rincón del campo, una niña esbelta les esperaba para ofrecerles una copa repleta de vino. Y, después de haber bebido, los trabajadores metían de nuevo el arado profundamente en la tierra para trazar otro surco, limpio y recto de una punta a la otra.

Más allá había un campo vallado; con trigo, sus espigas colgando, pesadas, de los tallos. Elevando las hoces afiladas con ritmo mantenido, los cosechadores las cortaban formando cambadas que los niños iban atando en gavillas.

Con un báculo en la mano, el propietario del terreno lo contemplaba todo, satisfecho. Más lejos aún, bajo la sombra de un roble, se preparaba la carne de un enorme buey, descuartizado, para hacer la comida en un gran puchero, mientras las mujeres amasaban harina suficiente para proporcionar comida abundante para los trabajadores.

Mucho más lejos, Hefestos grabó una viña en que se vendimiaban uvas negras y gruesas. Niños y niñas alegres transportaban el fruto maduro en cestas. Entre ellos, un joven estaba sentado tocando la lira y cantando, mientras



le rodeaban para escuchar su alegre canción.

En otras partes, el dios había mostrado a dos leones temibles raptando un toro potente de entre el rebaño. El animal mugía en vano, siendo transportado. Los pastores azuzaban a los perros, pero sin ningún resultado, porque no se atrevían a hincar sus dientes en esas bestias salvajes. Corrían cerca de ellos y ladraban, pero retrocedían sin acercarse demasiado.

En otra parte, el gran artesano mostraba un valle sonriente en el que el ganado pastaba pacíficamente en un prado. Cerca de ellos estaban las cabañas y las chozas de hierba de los pastores.

Finalmente, el incansable dios grabó un grupo de jóvenes muchachos y muchachas, bailando cogidos de las manos y golpeando con los pies en el suelo, siguiendo el ritmo. Las muchachas vestían largas túnicas de fino lino y llevaban en el pelo guirnaldas de flores. Las cortas túnicas de los muchachos tenían el brillo de un buen tejido, y de sus cinturas colgaban espadas doradas. Ahora todo el grupo giraba en círculo, rápido como la rueda del alfarero; luego los muchachos y muchachas formaban dos filas, frente a frente y saltaban y giraban con gracia ágil y alegre. Alrededor de todos ellos, mucha gente les miraba con admiración mientras que un cantante, espléndido como un dios, pulsaba las cuerdas de su lira y cantaba, mientras dos jóvenes danzarinas se movían en el centro del lugar.

Esto, en palabras sencillas, es lo que describió el gran poeta Homero, al narrar las maravillosas escenas esculpidas en el escudo del héroe Aquiles



DESPUES DEL TRABAJO

compuesto por el artesano de los dioses, lisiado pero incansable.

Así trabajaba Hefestos: dedicado y absorbido en todas las tareas que iniciaba, sin regatear ningún esfuerzo ni ningún sufrimiento. Pero cuando llegaba el momento de dejar sus herramientas, salía de la fragua, sacaba los fuelles del fuego, ponía los martillos y las tenazas en una caja de plata, y, después de limpiar toda la forja, se bañaba con perfumes. Con una gran esponja, limpiaba totalmente su cuello, sus brazos fornidos y su pecho peludo; luego con una túnica dorada sobre sus hombros, cogía su bastón e iba, cojeando, a la gran sala de los dioses del Olimpo.

Como era una persona de muy buen corazón, llenaba los cálices dorados con vino, y, antes de probarlo, ofrecía el néctar perfumado a todos los dioses. Ellos se reían un poco al verle cojear, con sus piernas débiles incapaces de soportar su cuerpo robusto. Pero Hefestos no siempre necesitaba hacer este trabajo él solo: cuando se encontraba muy cansado servía a los dioses con sus mesas "mágicas".

Las ponía en marcha con un movimiento sencillo, y estaban construidas de tal manera que iban rodando por toda la sala y luego volvían al mismo lugar, por ellas mismas.

Siempre le gustaba a Hefestos, cuando regresaba del trabajo, encontrar a los dioses del Olimpo de buen humor. Pero, sin embargo, era muy frecuente que regresara a casa y los encontrara discutiendo; esto le molestaba muchísimo.



— ¡Pobrecillos! —les decía—. ¡Si encontrárais algún trabajo, no tendríais tiempo de discutir!

HEFESTOS DA CIERTOS CONSEJOS A SU MADRE

Pero en cierta ocasión en que encontró a su madre enfadada con Zeus, se puso tan triste que le pareció que debería darle algún consejo serio.

—Madre —le dijo, con mucha seriedad— ¿no te das cuenta de lo malo que es para todos los que aquí estamos que tú y Zeus peleéis y que los demás dioses se pongan a favor de uno de los dos? Nuestra buena comida perderá su gusto, y nuestro suave vino su sabor. Por eso, querida madre, por muy inteligente que seas, te aconsejo que aceptes la voluntad de Zeus, para que no le acometa su terrible ira y tumbe la mesa de los dioses. Porque Zeus es nuestro señor todopoderoso y, si lo deseara, podría derribarnos a todos de nuestros tronos. Ve ahora, madre querida, cálmale con palabras suaves y que venga de nuevo la paz al Olimpo.

Y después de haber dicho estas palabras, rellenó un cáliz dorado de vino dulce y se lo pasó a su madre, que lo aceptó con una sonrisa. Hefestos sirvió luego néctar a todos los dioses, comenzando por la derecha. Sus rostros, tristes por la discusión, comenzaron ahora a alegrarse con sonrisas al ver al sabio y bueno de Hefestos cojeando por todo el palacio. Pronto Apolo sacó la lira, y una música alegre rellenó la inmensa sala. Luego las Musas se pusieron en pie e iniciaron una agradable danza. La discusión de los dioses quedó olvidada, y una alegría y una diversión llenó las salas del Olimpo.

Pero, si Hefestos solía ser de corazón apacible, también podía inflingir castigos terribles. ¿Acaso otro hubiera luchado y hubiera vencido al dios del rio Xantos, cuando amenazó con expulsar a Aquiles y a sus bravos compañeros de Troya?

LA BATALLA DEL FUEGO Y DEL AGUA

Fue Hera quien advirtió a Hefestos del peligro que corría el héroe, porque sabía que su hijo compartía el mismo amor que ella tenía hacia Aquiles.

Inmediatamente, Hefestos dejó sus herramientas, abandonó su forja y se apresuró a llegar a Troya. Allí, armado con su fuego mágico, lanzó su ataque contra el río Xantos.

Fue una terrible batalla entre el fuego y el agua. Todo un río poderoso avanzaba, amenazador, para hundir a Aquiles y a su ejército, cuando Hefestos lanzó sus dardos ardientes contra él. En el momento en que lo hizo, se elevaron inmensas llamas a los dos lados del Xantos.

Las cañas, los matorrales y los matojos de las orillas se transformaron en antorchas ardientes. Llamas inmensas se elevaban desde los mirtos, los árboles y los sauces que orlaban las riberas del río. Los peces y las anguilas saltaban en las aguas, ahogados por el aliento ardiente del dios, buscando refugio allí donde las corrientes del río habían formado hendiduras profundas. El río no podía soportar más las llamas torturantes, y pidió al dios que las detuviera.

—¡No causaré ningún daño a Aquiles ni a los griegos, con tal de que dejes que mis aguas transcurran en paz! —le rogó Xantos.

Pero, por el contrario, Hefestos atizó las llamas y las dirigió contra el mismo río. Hubo una enorme nube de vapor, y las aguas hirvieron como un puchero en un fuego hirviendo. El fin estaba próximo. Las aguas del río se estaban secando rápidamente, escupiendo y chisporroteando como la grasa que sale de un cerdo que se asa. Y pronto todo se acabó. El Xantos ya no fluyó más, domado por el aliento ardiente del dios del fuego.



Así era Hefestos: fuerte como el fuego, suave como el hierro fundido, y de corazón noble, como todos los que aman su trabajo, mortales e inmortales.

¡SALUD, HEFESTOS!

Los hombres amaban a Hefestos, porque de todos los dioses era el que estaba más cerca de ellos, y parecía más un hombre que un dios. Lisiado, feo, olvidado en su infancia, y sin embargo amante de todo lo hermoso y lo difícil, trabajaba para conseguir sus objetivos no como un dios, sino como un hombre.

Hefestos se convirtió en un modelo para todos los hombres de mente clara y deseo de trabajo. En Atenas, donde habían muchos talleres, se honraba y adoraba especialmente al herrero del Olimpo. Entre los grandes festivales de la ciudad se encontraban los Hefastia, que se celebraban cada cinco años. Una de las celebraciones era una carrera en que competían los aprendices, llevando antorchas encendidas. Los atenienses creían que el dios ayudaría a esos aprendices a convertirse en buenos artesanos.

Los ciudadanos de Atenas construyeron incluso un templo espléndido en honor de Hefestos. Este templo, que hoy se denomina el Thesión, es el único de toda Grecia que ha sobrevivido sin ningún deterioro el paso del tiempo. Es como si el destino hubiera decretado que, de todos los templos, el construido en honor del gran artesano fuera el mejor construido de todos.

En Limnos, la isla en que el gran herrero estableciera su primera forja, Hefestos era especialmente honrado como dios del fuego. Los habitantes de la isla tenían una costumbre deliciosa relacionada con ello: todos los años apagaban todos los fuegos de sus hogares durante nueve días; y el noveno día un barco traía fuego nuevo de Delos, la santa isla de las Cícladas, y sus llamas se transportaban en antorchas a todas las casas y a todos los talleres de la isla. Había un motivo noble que explicaba esta costumbre: cuando los isleños apagaban sus fuegos tenían que apagar también todos los malos sentimientos y calmar todas sus diferencias, inspiradas por el ejemplo de la vida de Hefestos. Cuando se encendían los fuegos nuevos, se suponía que los habitantes de Limnos estaban en buenas relaciones entre sí, dispuestos a comenzar una nueva vida.

¡Hefestos era un dios maravilloso, aunque su aspecto fuera el de una persona fea!





ARES

UN MALVADO HERMOSO

Ares era un dios apuesto, de buena musculatura, y su armadura brillante añadía gloria a su aspecto. Pero esto, es, sin embargo, lo único agradable que podemos decir de él. Si hacemos la lista de todo lo que podemos admirar de este dios, encontramos que ya no hay nada más. Tal vez eso se deba a que odiamos la guerra, y Ares era el dios de la guerra, el dios que amaba la guerra, que vivía para la guerra y que luchaba con energía para que la muerte y la destrucción cayera sobre todos nosotros.

¿Creéis que somos los únicos que no amamos a ese dios sangriento? ¡No! No fue nunca admirado por nadie. Y con qué claridad mostraban su carácter los creadores de mitos del pasado: malo, despiadado y salvaje, a la vez estúpido y ridículo, y de ningún modo el héroe en que quería convertirse. Las batallas, la muerte y la sangre eran sus únicos placeres. No le preocupaba en absoluto si se luchaba por una causa justa o por una causa injusta. Todo le daba igual a Ares mientras hubiera jóvenes muertos, ciudades destrozadas y convertidas en cenizas, y poblaciones enteras liquidadas. Sus símbolos eran la lanza y el buitre: la lanza que mata, y el buitre que se alimenta de la carne de los heridos.

A Ares le ayudaban en su tarea ingrata Fobos y Deimos sus dos hijos, cuyos nombres significaban Temor y Terror, y Eris, la diosa que sembraba el



UN DIOS DE LA GUERRA SEDIENTO DE SANGRE

odio y el conflicto. Todos los tres seguían las órdenes de Ares con celo, y avivaban las llamas de la batalla a su punto más alto de destrucción asesina. Tan pronto como se iniciaba una lucha, Ares actuaba, ardiente, en el centro de la batalla, y liquidaba a cualquier guerrero que se cruzara en su camino.

Su felicidad en tiempo de guerra era semejante a su padecimiento cuando había paz. Si las cosas estaban tranquilas durante demasiado tiempo, se apresuraba a buscar a la diosa Eris.

—¡No puedo soportar esta paz! —le gritaba—. ¿Por qué estás ahí sentada mirándome? ¿No sabes cúal es tu trabajo? Márchate de aquí en este mismo instante, y haz que los hombres se lancen los unos contra los otros, para que nazca de nuevo la guerra y nos deleitemos con la matanza, la sangre y los gemidos de los heridos.

Siempre que una batalla terminaba con los muertos apilados en el suelo, Ares regresaba al Olimpo sintiéndose totalmente satisfecho. Marchando con orgullo de un lugar a otro, se baladronaba de sus hazañas con una voz de trueno sin darse cuenta de que a los otros dioses muy poco les importaba conocer sus historias. Pese a todo, tenía una admiradora. Era Afrodita, la diosa de la belleza y del amor. Porque, como podéis ver, entonces como ahora, muchas quedaban atraídas por una figura muy masculina y una armadura reluciente.

Sin embargo, Ares no siempre regresaba de las batallas tan contento de sí mismo, porque con frecuencia era derrotado y, peor aún, hacía el completo ridículo.

En tales ocasiones, pedía ayuda a su padre, porque Ares era hijo del todopoderoso Zeus y de Hera. Pero tenía un carácter tan desagradable que ni

siquiera sus padres le amaban, y se lo demostraban de mil maneras.

NI SIQUIERA SUS PADRES LE AMABAN

—Zeus todopoderoso —decía un día la madre de Ares al señor de los dioses y de los hombres—, si procurara que Ares saliera de una batalla con una herida abierta, ¿te enfadarías conmigo?

—Por el contrario —contestó Zeus— Me encantaría. Elige a Atenea para que haga ese trabajo. Ella sabe bien cómo hacerle bailar como un gato sobre teas encendidas.

Esto ocurrió en los días terribles de la Guerra de Troya, y la diosa Hera deseaba ayudar a los griegos, que se encontraban entonces en una situación muy difícil. El semidiós Aquiles, irritado con Agamenón, dirigente de las fuerzas griegas, rehusaba luchar; y Ares, sediento de sangre, se aprovechó ahora de la oportunidad y derrotó a los griegos, aunque hubiera prometido ayudarles. Ya había matado a innumerables bravos guerreros cuando se fijó en Diómedes, el gran héroe del ejército griego. Avanzando como una bestia enfurecida, Ares le lanzó inmediatamente una jabalina de bronce. El arma avanzó por el aire, pero repentinamente, como si hubiera sido cambiado su rumbo por el viento, desvió el rumbo y cayó mucho más lejos de su blanco. Pero no había sido el viento, sino la mano de la querida hija de Zeus, Atenea, que había cogido la jabalina y la había desviado. Aconsejada por Hera, Atenea se había apresurado al campo de batalla, y gracias que así lo hizo, porque salvó a Diómedes de una muerte cierta. Luego, ella se apresuró a ponerse al lado del héroe y le dio el coraje para que, a su vez, atacara a Ares.



UNA BUENA LECCION

Atrevido, Diómedes asió su larga lanza y se dirigió hacia el dios. Atenea guió la punta de la lanza y Diómedes clavó el arma en las costillas de Ares. El dios de la guerra lanzó un rugido, como si hubieran herido a diez mil guerreros a la vez, y echó a correr, totalmente fuera de sí. Pronto llegó al Olimpo, ¡y se fue directamente quejarse a su padre!

—Ha sido una buena lección —le dijo Zeus—. De todos los dioses del Olimpo eres el más odioso. Lo único que te gusta es la enemistad, la guerra y la sangre. Si no fueras mi hijo, ya te hubiera expulsado del Olimpo y te hubiera lanzado a las profundidades del Tártaro, donde ansiarías eternamente un rayo de luz en la oscuridad eterna. Ahora márchate, cúrate la herida e intenta actuar con un poco más de sentido común.

Pero, ¿cómo podía actuar el dios de la guerra con sentido común si era un loco de nacimiento?

Tan pronto como se hubo curado la herida, volvió rabioso y furioso al campo de batalla, buscando a Atenea.

— ¡Ahora verás, perra! —le gritó, al ver a la diosa.

Y al decir eso cargó su lanza contra ella con fuerza brutal. Pero Atenea saltó grácilmente a un lado y la lanza pasó de largo. Con un movimiento rápido, la diosa tomó una piedra enorme, la lanzó contra Ares y le dio exactamente en la garganta.

— ¡Aaaay! . Un gemido estrangulado se escapó de los labios de Ares y fue tambaleándose y cayó sobre el cieno cuan largo era, cubriendo siete campos completos con su cuerpo. Afrodita, su admiradora, corrió rápidamente a





VENCIDO DE NUEVO

ayudarle, pero la hija de Zeus le golpeó inmediatamente en el pecho con su mano pesada. El golpe fue tan duro que los ojos de la diosa del amor se entumecieron y cayó también, inconsciente, al lado de Ares. Ahora la pareja yacía vencida y sin sentido, en el polvo.

—Si todos los que ayudan a los troyanos son como vosotros, hace tiempo que hubiera concluido esta guerra —dijo Atenea en plan de guasa, dejándolos tendidos en el triste suelo.

A partir de entonces, siempre que Ares veía a Atenea inmediatamente corría en dirección contraria. Pero no siempre se daba prisa bastante. En cierta ocasión, en que el dios estaba peleando con Demeter, la diosa de la agricultura, Atenea apareció repentinamente ante él, y, antes de que tuviera tiempo de escaparse, la diosa orgullosa le dio otra penosa lección.

Como vimos en el último libro, Ares siempre había odiado a Demeter. No podía tragar que se opusiera a sus planes guerreros y por ello, en cierta ocasión, cuando estaba cerca de ella, que se encontraba en las puertas del Olimpo, avanzó corriendo hacia ella y le dijo:

—Sé lo que estás tramando contra mí, tú y la diosa de la paz. Tú y esa Irene, nunca os alejáis: siempre estáis ahí sentadas enseñando a los hombres a cultivar la tierra, haciendo que amen el trabajo y odien la guerra, y también me odien a mí. Y mira lo que ha ocurrido: no me han construido un solo templo digno de ese nombre en toda Grecia. Y no sólo eso; en vez de morir como hombres en el campo de batalla, ahora prefieren que se los lleve la vejez, la enfermedad y la fatiga. Pero mirad bien lo que hacéis, miserables criaturas, porque de lo contrario, os...



DESARMADO Y DESGRACIADO

Pero, repentinamente, mirando hacia atrás, Ares encontró a Atenea, ¡allí, junto a él! Dejó la frase a medio acabar e intentó marcharse con la mayor dignidad posible, pero la diosa de la sabiduría le asió fuertemente del brazo.

—Vuelve atrás, vuelve, mi pequeño héroe —le dijo, y con un movimiento repentino y rápido le quitó el casco de la cabeza y lo lanzó lejos. Mientras el casco rodaba haciendo mucho ruido por las piedras del pavimento, Atenea quitó a Ares su pesado escudo y lo lanzó en la misma dirección. Luego le arrancó de las manos su temible lanza y la echó a un lado, enfadada, gritándole:

—Márchate ahora, guerrero atrevido, y la próxima vez mantente bien lejos de las personas que amo y que son tan buenas para los dioses y para los hombres.

Profundamente humillado, y rojo hasta la punta de su cabello, Ares se inclinó a recoger sus armas esparcidas, y se marchó rápidamente, sin atreverse a mirar a las dos diosas cara a cara.

— ¡Y compórtate bien en tu camino! —fue la voz en sorna de la hija de Zeus conforme el dios de la guerra se alejaba de su vista.

Si hubiera sido simplemente Atenea la que hubiera hecho una tal jugada a Ares, las cosas no hubieran sido demasiado trágicas, pero el dios de la guerra sufrió también una terrible derrota a manos del renombrado héroe Hércules que le hirió y mató a uno de sus hijos.

Ares tenía un hijo del cual estaba tremendamente orgulloso. Se llamaba

HERCULES, CICNUS Y ARES

Cicnus, y era tan fuerte que nadie podía vencerle. Tenía aún menos conocimiento que su padre, sin embargo, y su corazón era aún más duro. Ahora bien, este Cicnus tomó muy mal el hecho de que su padre fuera el único dios que no tuviera templo, y decidió construirle uno él mismo. En su forma de pensar tan ruda, el templo sería mucho más hermoso si estuviera construido con huesos y calaveras humanas. La idea le atraía tanto que se lanzó a la tarea, matando y matando en su búsqueda de materiales de construcción, hasta que los habitantes de toda una región, de Tempe a las Termópilas, temblaban al oír su nombre. Su búsqueda asesina continuó, hasta que, un día, Hércules se le atravesó en su camino. Cuando Cicnus vio la corpulencia del gigantesco héroe, se dijo que tenía allí unos huesos magníficos para su templo, y cargó contra él para matarlo. ¡Ay, pobre Cicnus! Había olvidado que Hércules era el hijo invencible de Zeus. Hércules acabó todas las empresas de Cicnus. El templo quedó medio construido, y él mismo descendió al reino de los muertos. Lleno de rabia, Ares se lanzó desde el Olimpo como un rayo para vengarse del asesino de su hijo; pero pronto estaba allí de nuevo, gimiendo de dolor. Hércules, un enemigo que debía tomarse en serio, había atravesado a Ares con su lanza y le había infligido una herida horrible. Ahora ya el dios de la guerra no quería fijarse en nadie. Se encerró y estuvo lamentando las tres heridas que le habían infligido: la pérdida de su hijo, su cuerpo herido y su orgullo menoscabado.

Al cabo de cierto tiempo, sin embargo, el dolor de su herida pasó y se olvidó de su vergüenza. Sólo le quedó el dolor por la pérdida de su hijo, y por eso decidió construirle un monumento. Para ello llamó al rey Ceyx, el suegro





EL FURIOSO RIO ANAURO

de Cicnus y le ordenó que hiciera que los habitantes de la región trabajaran construyendo un monumento impresionante. Les pidió incluso que lo embellecieran con todos los huesos y calaveras que había ido recogiendo Cicnus.

—Un trabajo tan formidable no debe perderse —pensó—. Sólo así la memoria de las grandes hazañas de mi hijo permanecerá siempre viva en las mentes de los hombres.

Cuando estuvo terminado el monumento, Ares vino a verlo y comprobó que todos los detalles eran tal como él los había imaginado:

—Ahora podrán ver todos claramente —se dijo— que mi hijo valía mucho más que Hércules. Estoy convencido de que sólo con la ayuda de Atenea pudo Hércules matar a mi hijo.

Mientras estas ideas pasaban por la mente de Ares, un zumbido sordo comenzó a molestar sus oídos, un zumbido que crecía en intensidad y que cada vez sonaba más amenazador. Algún terrible mal, sin duda, se acercaba. El valor de Ares le falló, y pidió la ayuda de Zeus con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Padre! ¡Ayúdame! —gritó—, pero el ruido era tan potente que ahogaba las voces del dios aterrorizado.

La causa de todo era que el sagrado río Anauro descendía de las montañas como una inmensa y rugiente cascada de agua, que ningún poder de la tierra podía controlar. Apolo, el del cabello dorado, había ordenado al dios del río que lanzara sus torrentes de espuma contra el monumento de Cicnus. Y el fin estaba muy próximo. Paralizado de temor, Ares no sabía a donde dirigirse. En el último momento, se marchó y pudo hallar la salvación en la



cima de una colina. Desde ese punto de vista vio como ocurría el desastre. En unos pocos segundos, las aguas furiosas lo habían destrozado todo y lo llevaban al mar.

Pronto la tierra quedó vacía, totalmente limpia de monumentos, huesos y cráneos. No quedaba nada para contar la historia de Cicnus ni de sus hazañas sangrientas, sino un dios Ares, desesperado, llorando su última derrota.

Claro que la vida no sólo está hecha de desencantos, y así, para olvidar sus problemas, Ares buscó la compañía de la hermosa Afrodita. La diosa del amor era la única que veía al dios de la guerra de una forma diferente. Ante sus ojos, Ares era el poderoso dios de los carros de guerra, el señor de la guerra de corazón bravo, el defensor de las ciudades, con armadura brillante y casco dorado. Para ella, Ares era el lancero temerario, el protector de reyes, el que mantenía el gobierno de la ley y el que castigaba a los rebeldes, la fortaleza invencible del Olimpo.

Naturalmente, nadie más creía en todo eso, tal vez ni siquiera el mismo Ares; pero se henchía de orgullo pensando que Afrodita le tenía tanta estima. En su compañía deliciosa el dios de la guerra olvidó todas sus humillaciones y soñó en hazañas de gran valor. ¡Simplemente, si hubiesen podido verse el uno al otro! Pero la mera amistad no les bastaba, y el resultado fue una desgracia peor que ninguna de las que hasta entonces les había acaecido.

COGIDO EN LA TRAMPA

Porque Ares quiso ignorar el hecho de que Afrodita ya se encontraba casada con Hefestos. Sabiendo que la diosa de la belleza no tenía demasiado aprecio a su marido lisiado, la convenció de que pasara una noche con él, y en el mismo lecho de Hefestos. Se había enterado de que el herrero de los dioses iba a partir a Limnos y pensó que se presentaba una buena oportunidad que no podía desperdiciar.

¡Demasiado bueno para desperdiciarlo! Eso era precisamente lo que resultó, pero no del modo que Ares había imaginado. Porque estaba preparada una humillación para esa pareja, humillación tal que nunca sería olvidada.

El dios Helios les había visto cuchicheando juntos, y oyó todas las palabras que dijeron. El no podía nunca perdonar un acto de infidelidad, y especialmente si se dirigía hacia un dios tan amado y de tan buen corazón como era Hefestos, y por eso corrió a contárselo.

El herrero quedó ultrajado al oír las noticias, y muy pronto se le ocurrió una idea astuta en su mente rápida.

Sin perder un solo momento se dirigió a su forja y fabricó unas redes invisibles que colgó del techo de su dormitorio. Luego se despidió ceremoniosamente de todos, para que quedara claro que se marchaba a Limnos. Pero



lo que en realidad hizo fue esconderse en un lugar cercano.

Pronto Ares y Afrodita cayeron en la astuta trampa del dios. Apenas se habían sentado en la cama, cuando descendieron sobre sus cabezas las redes invisibles, envolviéndolos a ambos de modo tan apretado que no podían moverse ni un milímetro. Y lo peor aún tenía que ocurrir: unos minutos más tarde la puerta se abrió de par en par y se presentó Hefestos con todos los dioses. Cuando todos contemplaron a la pareja culpable enredada en la red, prorrumpieron en carcajadas irónicas. Rojos de vergüenza, ni Ares ni Afrodita se atrevían a mirar a la cara a los otros dioses. ¡Qué aspecto tan atolondrado tenía esa pareja! Dos grandes dioses del Olimpo atrapados como ratas y ni siquiera capaces de ocultar su vergüenza, mientras todos los demás se burlaban de ellos. Ahora se encontraban en manos de Hefestos, obligados a esperar hasta que el dios decidiera ponerlos en libertad y poner fin a sus sufrimientos. Pero el dios del fuego no tenía ninguna prisa en liberarlos. Por el contrario, añadió un toque final a su vergüenza, criticándolos con palabras de desdén mientras todos los dioses les contemplaban. Totalmente desesperado, Ares luchó en vano para liberarse. Utilizando toda la fuerza de que disponía, intentó romper las ligaduras, pero lo único que consiguió fue que su rostro se volviera más





rojo aún que antes. Los dioses rompieron a reír de nuevo al verle, y uno de ellos dijo:

—Ahora tienen lo que se merecen. ¡El criminal nunca gana! Cuando la liebre comienza a husmear los jardines de otros, hasta una tortuga la caza, a la larga.

Finalmente los otros dioses persuadieron a Hefestos de que pusiera en libertad a la pareja culpable. Con sus rostros hundidos por la vergüenza, se alejaron rápidamente de la mirada acusadora de los dioses y huyeron del Olimpo. Afrodita fue a ocultar su vergüenza en la lejana Chipre, mientras que el dios de la guerra se ocultó en Tracia, un país remoto en que habitaban fieros guerreros. Ares nunca olvidaría las indignidades que había sufrido por obra de Hefestos, ni el recuerdo del golpe cruel que el herrero de los dioses le propinara hacía tiempo en Limnos. No había forma de negarlo: Hefestos había demostrado que era otro de los dioses que Ares tenía que temer.

¡AHORA VEREIS QUIEN SOY YO!

Sin embargo, el dios de la guerra se encontraba torturado al pensar en sus desgracias. Está bien ser el dios temible de las batallas sangrientas, pero, ¿ser el hazmerreír del Olimpo? ¡No! Las humillaciones cada vez más frecuentes eran más de lo que podía soportar, y por eso estuvo esperando alguna oportunidad de demostrar cuan atrevido era y cuan merecedor era de su fama.

Y pronto llegó la ocasión: o, por lo menos, él pensó que había llegado.

— ¡Ahora veréis quién soy yo! gritó un día a los dioses del Olimpo, y se marchó corriendo del palacio como una bestia en celo.

La razón de esta repentina exhibición de bravura era la aparición de dos

gigantes, los hijos de Aleos, que amenazaban el Olimpo y deseaban probar su fuerza contra los dioses.

ARES DESAPARECE

— ¡Medid vuestras fuerzas conmigo, si es que podéis! —así lanzó Ares su reto a los dos Aloades, pero antes de que tuviera tiempo de hacer el menor movimiento uno de los gigantes le agarró por detrás mientras el otro le metía en la boca un trapo de cocina. En esa situación, Ares no podía ni gritar ni luchar para liberarse, y en un momento los dos gigantes le habían atado y se lo llevaban, prisionero.

Pasaron trece meses, y no sólo Ares no regresaba al Olimpo sino que en ningún sitio se tenían noticias de él. Mientras tanto, todas las guerras se habían detenido y la vida se había convertido en muy feliz y pacífica.

Desgraciadamente el mismo Zeus estaba preocupado por su desaparición. Llamó a Hermes y le pidió que buscara a Ares.

—Pese a todo, es mi hijo y tu hermano —le dijo a Hermes— y no debes olvidar que cuando los hombres cesan de sufrir, cesan también de obedecer a los dioses. Búscalo por todas partes. ¡Tienes que encontrarlo!

Ahora bien, por triste que fuera, Hermes cumplió exactamente lo que le había pedido Zeus, y comenzó una búsqueda incansable de su hermano perdido. Gracias a tanto esfuerzo y a tantas preguntas, finalmente pudo encontrar a la madrastra de los dos gigantes, quien le reveló el lugar en que Ares podía encontrarse. Estaba en la isla de Naxos, encadenado en una prisión de bronce, casi del tamaño de una jaula, tan pequeña que el dios de la guerra apenas si cabía, inclinado. Cuando Hermes le liberó Ares estaba medio muerto y no podía ni tenerse en pie. Pasó mucho tiempo antes de que se recuperara lo bastante para atreverse a mostrarse en el Olimpo. Y respecto a los dos Aloades, fueron derrotados —como vimos en un volumen anterior— por una mujer, la diosa Artemisa. Así, otra vez más, el dios de la guerra sufrió una doble desgracia.

Resulta bastante fácil adoptar el aire de un héroe, pero es difícil el serlo.



Pero cuando Ares vió al horrible Tifón lanzándose sobre el Olimpo con gemidos horribles, apenas si tuvo tiempo de escapar. El miedo convirtió sus tobillos en mantequilla cuando se acercó el monstruo temible, esparciendo muerte y destrucción. Y mientras su padre preparaba sus rayos para atacarle, la "potente fortaleza del Olimpo", como le encantaba que le llamaran, se convirtió en un jabalí salvaje acuciado por el pánico y echó a correr, temblando, a las laderas más elevadas de la montaña. Tropezando en sus propias piernas en su urgencia desesperada por escapar, pronto se encontró en las llanuras del otro lado, y desde allí su carrera de temor le llevó rumbo al norte, a Tracia. Cruzó el Helesponto y huyó por el Asia Menor a Siria, sin detenerse a respirar y sin atreverse a mirar hacia atrás lo que ocurría. Y, mientras Zeus estaba luchando una larga y victoriosa batalla contra el temible Tifón, un Ares tembloroso continuaba su ruta y su huida hasta alcanzar las tierras de Egipto. Allí, medio muerto de temor y totalmente agotado, cayó, sin sentido, en una zanja. El aspecto del dios era bien triste: lleno de rasguños, sangrando, sus piernas demasiado débiles para soportarle y todo su cuerpo inmenso presa de dolores insufribles. A tales profundidades había descendido el que fuera en otro tiempo el majestuoso dios de la guerra.

Pero incluso esta última pérdida de dignidad fue pronto olvidada. Tan pronto como supo que, con la ayuda de Atenea y Hermes, Zeus había vencido al Tifón, y que el monstruo yacía ahora aplastado por la enorme masa del monte Etna, nuestro héroe cobró coraje y adoptó su antigua forma. Sin atreverse a mostrarse en el Olimpo, de nuevo emprendió su antigua tarea de intentar crear problemas entre los habitantes de la tierra, creyendo que la sangre que vertían en las batallas mortales limpiarían sus humillaciones.

LA MAYOR VERGÜENZA DE LA TIERRA

Porque, como habéis visto, Ares no podía aceptar el hecho de que la guerra, en sí misma, es la mayor vergüenza de la tierra, y que primero debía limpiarse de esa desgracia él, luego los demás dioses del Olimpo, y finalmente toda la humanidad.



A lo largo del texto, los nombres griegos de los dioses y de los héroes se han conservado. Los nombres citados en este libro, que en latín tienen otra nomenclatura, son los siguientes:

Afrodita	Venus
Ares	Marte
Artemisa	Diana
Atenea	Minerva
Cronos	Saturno
Demeter o Deméter	Ceres
Dionisos o Dionisio	Baco
Eros	Cupido
Hades	Plutón
Hefestos o Hefaistos	Vulcano
Hera	Juno
Heracles	Hércules
Hermes	Mercurio
Hestia	Vesta
Irene	Pax
Ivi	Hebe
Perséfone	Proserpina
Poseidón	Neptuno
Zeus	Júpiter

PRINTED IN SPAIN
Primera Edición: 1981

Autor: MENELAOS STEFANIDES
Depósito Legal B.39788 - 1980
ISBN 84-215-0680-3
Impreso por: Artes Gráficas Cobas, S.A.
Barcelona - 29 (ESPAÑA)

PENSANDO EN NUESTROS JOVENES LECTORES

Al escribir esta mitología teníamos la intención de proporcionar a los jóvenes textos de lectura que fueran a la vez instructivos y educativos, pero que, sin embargo, pudieran despertar el afecto hacia los buenos libros, alejándoles del contenido hueco, y con frecuencia de atractivo meramente superficial, de muchas lecturas juveniles.

Para conseguir ese objetivo se necesitaba un enfoque que diera vida a los mitos sin alejarse de su forma original y antigua.

Creemos que las ilustraciones, de alta calidad, colaboran mucho en el proceso de conseguir ese objetivo. Las hemos usado con gran amplitud, creyendo que servirán no sólo para mover al joven a leer el texto sino que también le llevarán a una comprensión más viva del mismo mito, dejando en la mente una impresión duradera.

Se ha necesitado un cuidado especial en el tratamiento del texto. Para que la mitología se convierta en lectura atractiva, hay que basarse en la capacidad del autor, y, en realidad, hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos para conseguirlo; sin embargo, para que el libro tenga valor educativo, debe basarse en principios sanos. Sobre este aspecto de nuestro trabajo nos gustaría hacer algunos comentarios.

En primer lugar, rechazamos la teoría de que la mitología griega no es apropiada para niños. A diferencia de otros, nosotros creemos que contiene una superabundancia de mitos educativamente válidos. Tampoco consideramos indeseables los mitos que presentan los dioses como seres injustos en sus acciones. Los antiguos tomaron sus dioses y los configuraron de la sustancia de la realidad cotidiana. Y la realidad, en aquellos tiempos difíciles, solía ser más injusta que justa. Hubiera sido, en verdad, indeseable, que hubiéramos pintado los hechos injustos con colores favorables y precisamente eso es lo que hemos evitado hacer. Tampoco creemos que un mito merezca un lugar en el cuerpo de la mitología griega simplemente porque da la casualidad de que ha sobrevivido. Las obras que han ganado la inmortalidad gracias a poetas de talla homérica no tienen ninguna relación en absoluto con los mitos sin valor y vulgares que se elaboraron con el claro objetivo de justificar la conducta de ciertas personas que ocupaban cargos elevados.

Con esas ideas clave nos embarcamos en la tarea de establecer una elección entre los mitos, con su amplia variedad de versiones diferentes. Al rechazar el enfoque estéril y pudibundo que está en las antípodas de los principios educativos modernos, hallamos que todos los mitos más significativos se acoplaban perfectamente a nuestro esquema. Sin embargo, nos dimos cuenta de que no bastaba con tener una mente amplia: todo el trabajo debía intentar promover y explotar la abundancia de rasgos positivos que se encuentran en la mitología griega sin tener que adoptar, por ello, necesariamente, un tono didáctico ni de predicador.

Lo cual no quiere decir que consideremos que nuestro trabajo implique una labor pionera, aunque así lo parezca a muchos. En realidad no hemos hecho sino seguir los ejemplos de los grandes dramaturgos del pasado. Al elegir, como ellos lo hicieron, nuestro material de la mitología griega, hemos mostrado, como ellos hicieron, valores morales que eran aceptados en todo el mundo. No hemos podido encontrar otro modo de proceder, y mucho más así porque hemos escrito nuestra mitología pensando en nuestros jóvenes lectores.